¡Por favor, una revolución!

Con la desenvoltura familiar á su edad y á sus funciones, el mensajero del telégrafo entró en la portería del hotel de los *Trois-Carpeaux*, en el barrio latino, y preguntó:

—¿El señor Carlomán?

—No está—replicó el padre La Cocarde, portero del establecimiento,—pero deja el despacho y se lo daré cuando venga.

Cogió el papelito azul é iba á ponerlo en la casilla de su inquilino, entre su palmatoria y sus llaves, cuando la dirección atrajo sus miradas:

"*A Su Alteza Real el Príncipe Carlomán. Hotel de los "Trois-Carpeaux".—París. —Francia.*"

El padre La Cocarde no podía creer lo que veía. ¡Cómo! ¿Aquel estudiantillo del piso tercero á quien llamaban el *rastaquouère*, era un príncipe? La emoción sofocaba al pobre hombre, y cuando regresó Carlomán se precipitó á su encuentro y le dijo, inclinándose con esa gracia particular de los porteros y de los acreedores:

—Dispénseme Vuestra Alteza Real; pero hay un telegrama para Vuestra Alteza Real.

Carlomán frunció las cejas, rompió la faja y leyó:

"Su Majestad el Rey vuestro padre ha muerto. El automóvil real ha caído en un precipicio. — *Vladimiro*, primer chambelán."

—Padre La Cocarde — dijo Carlomán, —me voy esta noche.

—¡Cómo! ¿Nos deja Su Alteza?

—¡Ay!... Es preciso... Soy rey.

—¡...y!

Esta vez no pudo el padre La Cocarde soportar la emoción que le causaba aquel título prestigioso. Tuvo que sentarse, murmurando:

—¡Ah, Señor!... ¡Señor!...

—Repóngase usted, que no es eso tan agradable como parece. El reino de mi padre, la Alta Croacia, está situado en el último rincón del mundo y es tan pobre, que apenas pudieron los ministros conseguirme un crédito para hacerme instruir en París. Es la miseria dorada.

***

Carlomán tomó el primer *express* transeuropeo, y cuarenta y ocho horas después llegaba á su capital, donde el destino le llamaba á reinar.

Ningún recuerdo alegre conservaba el príncipe de aquella ciudad ni de su castillo, que parecía un fuerte de ópera cómica. Sus días felices databan de París, y ese regreso á la tierra natal se parecía á un destierro.

Terminadas las ceremonias, el príncipe Carlomán, convertido en Demetrio VII, llamó á su primer ministro y le dijo:

—Quisiera ponerme al corriente de los asuntos públicos.

—Pocos son este año. Para pagar los intereses de un crédito, ha sido necesario contraer otro

—¿No poseía mi padre fortuna personal?

—Eso sí. El rey vuestro padre es el único de sus súbditos que consiguió hacer fortuna; pero era muy avaro y su dinero, cincuenta millones...

—¿Eh? ¿Qué dice usted?

—...Cincuenta millones... está colocado en bancos franceses. El difunto rey empleaba la marina de guerra en hacer la trata de negros, y tenía ricas propiedades en el centro de Africa. El Estado pagaba los gastos y él se embolsaba los beneficios

—¿Y sus súbditos no decían nada?

—El rey conocía un excelente medio de hacerlos fáciles de gobernar. Les vendía día opio y morfina á vil precio. Dicho sea con el respeto debido, todos los súbditos de Vuestra Majestad están hoy día completamente embrutecidos.

Carlomán se quedó un rato pensativo y se hizo la reflexión siguiente:

—No tengo empeño en ser rey, y desde el momento que soy rico, voy á abandonar mi dulce patria á su triste suerte.

Pero cuando habló de abdicar, sus ministros pusieron el grito en el cielo:

—Señor — dijo el primer ministro,—no piense Vuestra Majestad en ello. No puede alejarse sin el consentimiento del emperador, vuestro poderoso vecino, que no lo dará jamás.

***

Demetrio se aburría soberanamente en su capital; pensaba en los camaradas dejados en París, y en las interminables partidas de malita. Se acordaba también de su amigo Castadé, fogoso meridional, gran admirador de la Revolución y que no soñaba más que con barricadas. Demetrio se dió un golpe en la frente con el índice, lo que significa en griego antiguo: "¡Ya lo hallé!"

Hizo ir á Castadé á la corte.

—Amigo mío—le dijo,—quiero pedirte un gran favor. Estoy hasta los pelos del oficio de rey, y me está prohibido abdicar. Sólo una cosa puede salvarme: ¡la revolución! Y puesto que tú eres revolucionario, revoluciona mis estados. Te doy carta blanca.

—Mucho te agradezco que te hayas acordado de mí — dijo Castadé en un arranque de reconocimiento. — Pero — agregó inmediatamente,—supongo que no me harás fusilar ni me meterás en la cárcel.

—¿Por quién me has tomado? replicó Demetrio ofendido.

—Pues, convenido. Te voy á hacer poner de patitas en la calle. Pero, por tu parte, tienes que hacer mala política.

—No te quejarás.

***

Castadé puso manos á la obra. Aconsejó al rey medidas vejatorias y nuevos impuestos. Organizó bandas de *hombres sandwich*, que, bajo pretexto de propaganda, llevaban un uniforme tornasolado; pero que no eran más que regimientos muy bien disciplinados que hacían por la noche el ejercicio en cuevas. Esos soldados de nuevo género llevaban fusiles

Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI0000607F00E00000